

La educación cuántica:

Una propuesta pedagógica para la optimización del raciocinio o el empoderamiento consciente de nuestros destinos, basada en una revisión hermeneuta de la historia del pensamiento.

Síntesis crítica por:

Roberto Pizarro Contreras
29 años
Ingeniero civil industrial
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso
rpizarroc@hotmail.com
Valparaíso
V Región-Chile

I. Fundamento de la crisis vigente

Siempre ha habido una gran tormenta en el mundo de las ideas, pero pocos han concienciado dónde se encuentra su centro fulminante.

En general, las personas se debaten sobre idearios “embarrados” que desbocan en moralidades de la misma índole, esto es, parciales, complementadas mediante sus propias sugerencias y/o intuiciones. Atenerse a un ideario más que a estas sugerencias, no garantiza, no obstante, una mayor moralidad, porque todo repertorio ideológico contiene, como nos lo enseña la historia, un sinnúmero de contradicciones y dogmatismos inconciliables que a veces más contribuyen al anquilosamiento de nuestra especie como rémoras al conocimiento ontológico. Con todo, quien procura armonizar la propia moral con un ideario para el que se instruye parece más proclive a involucrarse activamente en lo social y también mayor el impacto inmediato de su actividad existencial; el resto, al programar su razón mayoritariamente en función de juicios domésticos, tendería más a la adopción de un rol pasivo y se cuestionaría menos severamente el orden social, sometiéndose a su configuración, si no resignado, al menos incapaz de comprenderla aun.

De estas dos layas de personas, parece ser que el autor se dirige más a la segunda: el empoderamiento consciente de la ciudadanía conllevaría el derrocamiento de los poderes fácticos y la abolición de su lógica antropofágica, cuyo ascenso, se postula, habría principiado con la proclamación del *cogito* cartesiano, luego del rescate de la Razón secuestrada a la sazón por la fe, y que se habría afianzado con la trisección humana que suscitara Immanuel Kant con sus tres críticas un siglo más tarde (las personas separadas “Yo”, “Ello” y “Nosotros” son las resultas, donde prevaleció la primera); de esta última no habríamos pasado a la fase reconstructiva siguiente: el imperativo categórico kantiano, por el que todas las dimensiones del hombre se cohesionan coherentemente. Por supuesto, la promesa que entraña la tesis del autor trasciende a todos idénticamente en el beneficio conjunto del género, pero es en el despertar genuino de los más “inocentes” donde residiría la clave, no ya únicamente sobre la presente crisis civilizatoria, sino para la trascendencia.

De esta forma, propone una solución no solo a la presente crisis, además a la de eras anteriores, por cuanto la misma, se dice, engendrará una trascendencia hacia un estado de plenitud y sabiduría, en adelante garante de una evolución pacífica de la humanidad (cualquier problema posterior no tendría su origen en las pugnas permanentes

entre las conciencias individuales), como nunca antes se ha visto. Pero para que tenga ese efecto, por lógica, se ha debido planear entonces el ataque al tubérculo que hermana a todos los grandes trances de la historia. Y tal tubérculo no puede ser otro que el *cogito* “alienado” (el “Yo” sublimado, enemistado con el “Nosotros” kantiano) que “reivindicó” la racional-modernidad, pero que tantas enfermedades nos ha acarreado siempre.

Así, postulo menos el problema esencial en el racionalismo paradigmático que en un Ego-ísmo de todas las eras, que Descartes, sin saberlo, sentaría las bases para su encumbramiento mediante el pragmatismo subyacente a su método. El problema que queda (o que se abre) es, pues, determinar la lógica detrás las transiciones que ese Ego-ísmo sempiterno ha originado desde las épocas que precedieron a la racional-modernidad. Porque sabemos que antes del Capitalismo el hombre se hallaba bajo el yugo de la corporación más antigua del mundo, el Catolicismo, y antes de otras menos organizadas y primorosas, y de déspotas y príncipes ladinos de todas las clases (cuya mala influencia bien podía haberse generalizado en la obra). Dicho de otra forma, si bien en ningún caso se demeritan los perjuicios del racionalismo pragmático, existe un sesgo que se deriva lógicamente al imputarlo como mal de nuestra época y a un tiempo postular una solución que le trasciende y por ende a las desventuras globales que le antecedieron:

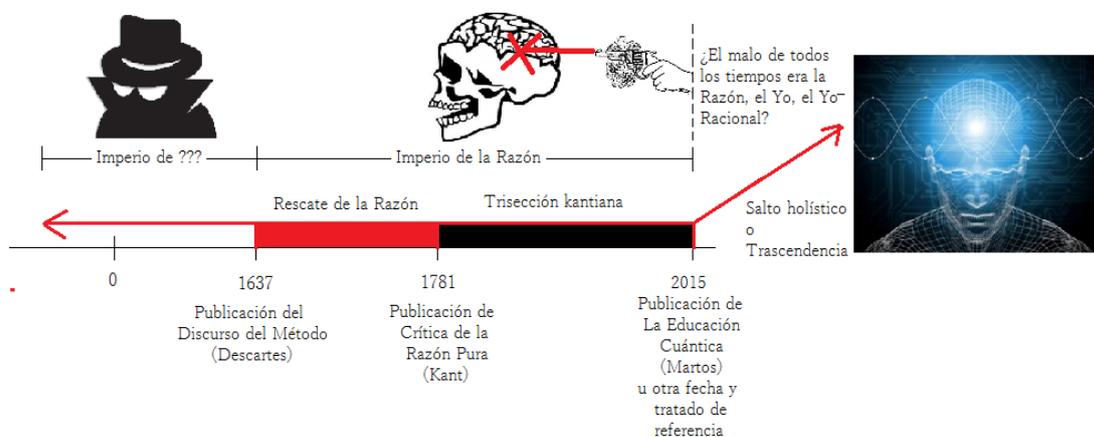
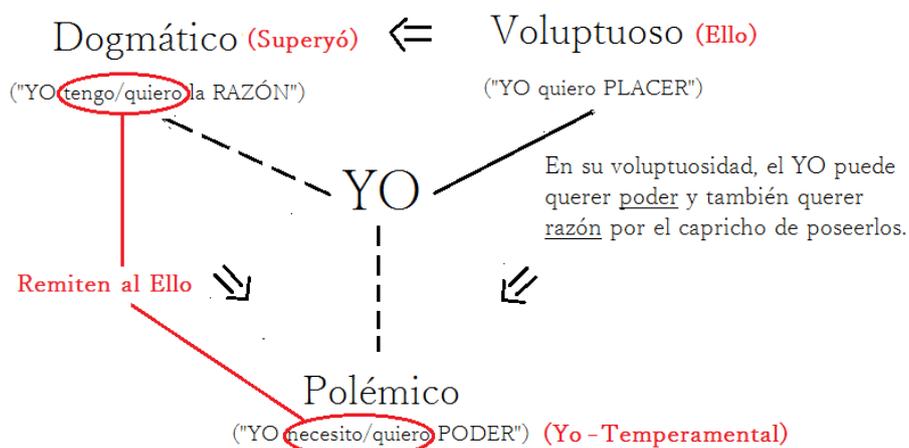


Figura I.1 – ¿Fueron mejores los días antes del racionalismo pragmático?

El racionalismo pragmático formalizado en el materialismo científico es, sin duda, el gran problema de nuestra época, pero, añadido, es la forma como ha fundado su imperio el denominador común con los que le precedieron (los problemas derivados del imperio de la Iglesia y de todos los sátrapas anteriores) y por los que es más correcta una solución trascendental vía educación cuántica, a saber: 1) un dogmatismo del ego y 2) el

ejercicio de métodos arteros y opresores para consolidarse en el poder. Para entenderlo así, podemos postular originariamente voluptuoso al ego, como lo entendiera Freud, y con sus *conatus*, entre otros, Spinoza y Hobbes. Así:



Luego los problemas surgen, no de la voluptuosidad natural del ego, acaso neutral, sino de su mala maduración: en la medida que los dogmas adquiridos –en la idiosincrasia y, siendo el caso, además por comulgar con determinado ideario –menos se concilian con los del resto, mayor es el poder que debe ejercerse dado el tamaño de la oposición que resulta. Y lo anterior sea dicho en cuanto a la versión purista de esta propuesta, porque, guiado por sus pasiones, el ego también podría querer la razón y/o el poder por la mera avidez caprichosa de poseerlos, *a priori* (cuando el ego es en extremo irritable y no transige la más mínima oposición) o *a posteriori* (cuando es menos inmaduro y sus pasiones superan su racionalidad en estadios más elevados de la discusión), lo que plantea un problema educacional aun más profundo (no ya de contenido), por ventura moral (de disposición del espíritu para una vida libre de veras en la búsqueda honesta y permanente de la conciliación de las oposiciones).

En conclusión, el neoliberalismo (o nuevo capitalismo) no es otra cosa que un principado encubierto, como los ha habido en todas las épocas, solo que más influyente por su carácter global. Y se sirve del materialismo científico (otro principado, pero en el nivel del conocimiento), que es la forma dominante que a su vez ha derivado el racionalismo pragmático, así como hubo un día en que la Iglesia se sirvió de la escolástica. Es decir, la Razón, como grandes verdades consensuadas, apenas se ha impuesto sobre la

voluptuosidad primitiva del ego, a merced de cuyas pasiones parece haberse encontrado siempre.

II. El despertar genuino o esencial de la conciencia

Sabiendo en qué consiste el cambio y quiénes serán sus intérpretes, resta por establecer cómo se logrará. Y he aquí la razón de ser de La Educación Cuántica. La Educación Cuántica es tanto una invitación al lector a espabilarse como una exhortación a los verdaderos humanistas para que vindiquen un cambio en el paradigma de conocimiento. Si no el itinerario de trabajo, La Educación Cuántica es, cuando menos, su basamento.

Para ello nos propone una apología de la caída del materialismo científico en su aprehensión de la realidad última o metafísica (fundamento destructivo), debida a su estancamiento, y un constructo original basado en el modelo de dinámica en espiral, inspirado en la distribución espacial del ADN, y que en ausencia de un nombre (el cual recomiendo asignar), he tenido a bien intitular temporalmente “Modelo de holotipos cognitivo-históricos divergentes”, una interesantísima propuesta por la cual se busca empoderar a las masas a través de un revisionismo hermeneuta de la historia, una genealogía para la comprensión del estado actual de las cosas.

II.1. Estancamiento del materialismo científico

“La Educación Cuántica” es un título sugerente para el ensayo¹ y *ad hoc*, si se quiere, a estos tiempos neoliberales (va en línea con el marketing, es comercial, a esto me refiero), cuando provocador, como es, no solo impulsa al lector curioso, sino espolea a los mismos oficiales de la física cuántica a explorarlo².

El problema es que la contradicción titular (educación “cuántica”, que remite inmediatamente al presupuesto de que se pretende una educación en los términos de la física cuántica, lo cual es imposible por la naturaleza materialista de esta) –y frente a la

¹ De todas formas, en aras de hacer explícito su contenido –e incluso hacerlo más atractivo aun –, para la siguiente edición sugiero permutar el subtítulo “Un nuevo paradigma de conocimiento” por la expresión “Hacia un paradigma integral del conocimiento” o “Hacia una potenciación eficiente de la capacidad cognoscitiva del hombre”.

² Otro aspecto perfectible subyace al enchufe al que concurren tres adaptadores de corriente en la portada, esto es, la trisección kantiana, que no es interpretable de buenas a primeras. No sé si un símbolo de yin y yang lo habría hecho mejor (por su carácter místico infalible), pero al menos habría sido más claro en su propósito de vindicar la conciliación de los dos modos de conocimiento.

cual el ensayo es invulnerable si se hacen críticas *a priori* sobre el título sin revisar su contenido –se esparce inconvenientemente sobre algunas ideas del argumento, si bien sin afectar lo medular, pero con la vistosidad suficiente para ser deslegitimada por el oficialismo científico en un arranque de irracionalidad o apasionamiento suyo.

En primer lugar, debe aclararse que la física cuántica no ha probado nada en “materia” espiritual, pero tampoco ha desmentido. Y no es tanto su incompetencia lógica para desmentir (desmentir algo en lo que lisa y llanamente no acepta) donde tiene cabida el nuevo modo de conocer (el racionalismo espiritual, que aúna el racionalismo pragmático y el misticismo contemplativo), sino en aquella atingente a su activismo: si bien han habido avances y palpables en diferentes líneas de investigación, algunas gracias a las cuales ha tenido lugar el desarrollo de sofisticadas y útiles tecnologías, por más de medio siglo ha habido un silencio incómodo en torno al desciframiento de las cuestiones trascendentales. Y este silencio tiene un origen doble: o bien, efectivamente proviene de una incompetencia para progresar más en lo imperceptible, o bien, de un cruce de brazos dogmático como el propuesto por W. Heisenberg y su principio de indeterminismo en 1925 (nada hay que hacer, la materia es así, voluble, caprichosa). De hecho, reconociendo que son modos incompatibles aunque complementarios, ninguno puede comprobar al otro en sus términos: las experiencias cumbre del misticismo contemplativo no pueden ser expresadas mediante una función de onda materialista, por ejemplo, a menos que se reformule la física (y entonces esta deja de llamarse así). Así, el materialismo científico no ha remitido al misticismo contemplativo directamente (no hay manera, insístase), sino por omisión. Por consiguiente, este último, a su vez, sigue sin ofrecer certezas –al menos para el pensamiento occidental (o para el pensamiento occidental “oficialista”) –, pero se estatuye como una no despreciable probabilidad para potenciar la capacidad cognoscitiva del hombre. Si no, en todo caso es ineficiente su desconsideración, pues frente a una ralentización en los progresos del materialismo científico, es irrazonable que el hombre no quiera echar mano de otro de sus recursos.

En segundo lugar, igualmente sería bueno hacer manifiesto que, en línea con lo anterior, en consecuencia, el ensayo en ningún caso constituye una malversación del acervo de la física moderna (por la cual se pretenda catapultar el misticismo contemplativo) y que esta es la razón y a un tiempo el imperativo por el que debe ser

diferenciado de cualquier ejercicio intelectual del *new age*³. Porque en ausencia de esta premisa introductoria, se tendría otro flanco por el que la obra podría ser deslegitimada *a priori* (y tratándose de ideas “no oficiales”, deben minimizarse esta clase de riesgos, que es lo mismo que maximizar la probabilidad de aceptación). El objetivo del tratado no es otro que completar el potencial cognitivo humano, elevando al misticismo contemplativo al nivel del materialismo científico, este último arista dominante del racionalismo pragmático y por el cual este se ha impuesto políticamente como único modo válido de descubrir los secretos más profundos del Ser⁴. Dicha meta y las condiciones en torno a las cuales se ha impuesto debiera ser la primera prevención a la que el lector debiera atender en calidad de tal⁵.

Asimismo, no es sino hasta el capítulo número tres de la tercera parte cuando el estancamiento de la ciencia oficial se pone en evidencia al fin. Hasta entonces las críticas devinieron acerca de su empecinamiento solamente. Este capítulo supone los fundamentos para la transición paradigmática y es, por tanto, capital. De hecho le renombraría así, “Fundamentos para la transición” o “Fundamentos para el cambio de paradigma”. Como lector, durante poco más de las ocho décimas parte del libro, eché de menos las razones en que se sustentaba la tesis de incompetencia científico-materialista del autor, si bien intuía cuál era, debido a mi humilde conocimiento en el área (pero no creo a todos en las mismas condiciones, mucho menos cuando habrá muchos lectores que poseerán una educación formal en humanidades). Y cuando las tuve, las agradecí, sin embargo, si hay algo que juzgo perentorio, eso es rearticular el ensayo, consolidando este apartado al principio e, idealmente, de la mano de los ajustes sugeridos anteriormente.

Sobre el diseño propiamente tal del capítulo, este remite a los forados que ha dejado el racionalismo pragmático en el desciframiento del Ser: “los problemas que

³ Una buena forma de disuadir radicalmente las intenciones precipitadas o maliciosas a este respecto, sería describir cuáles son los errores más comunes de este movimiento (o sus abusos) y que los diferencian de las tentativas serias de la epistemología disidente, como pretende el autor con este tratado.

⁴ A esto podría sumarse, también de antemano y más explícitamente, que el materialismo científico entraña una contradicción lógica y que por la misma se hallaba minado: “siendo un monismo cosmogónico se aborda a sí mismo en la dualidad sujeto-objeto, rara forma de conocerse” (esta es su gran ironía o paradoja). El autor lo ha advertido, pero no con la inmediatez que el ensayo reclama ni tampoco con esta brevedad y concisión.

⁵ Mas aun, relevaría en negrita cómo es de fácil para el materialismo científico, dado su carácter oficialista, desestimar cualquier otro modo de saber, presuponiendo que este no puede ser tal con apostillas como “Rechazado por la comunidad científica” o “Se trata de una pseudociencia”. Estos modos, aparte de superficiales (en la autorreferencia viciosa), dan muestras del ejercicio de un despotismo flagrante que es tanto potente como dogmático.

remiten inexorablemente hacia el sujeto como objeto de conocimiento de sí mismo”. Como punto arranque, el autor se vale de la Paradoja EPR (formulada por Einstein, Podolsky y Rosen) y el criticismo pragmático consiguiente de la disidencia del rubro, para luego aducir investigaciones en el campo de la ciencia neural, volver a denunciar el amordazamiento del misticismo por parte del oficialismo científico y, por último, señalar algunas formulaciones de la disidencia en campos como el evolucionismo, la propia física teórica y la biología. Y a pesar de que los antecedentes provistos le otorgan seriedad ante un lector neófito, de todas formas queda la sensación de incompleción: el chance para una explotación de todas las maneras de saber con las que el hombre cuenta lo ha derivado, sobre todo, la incompetencia de la física cuántica, y es indispensable para el lector saber dónde radica aquí el problema, (después de todo el título del ensayo se lo debe a esta rama).

Dicho problema es anticipado apenas arguyendo “Cuánticamente, el proceso de la medida afecta al estado sobre el que se mide, haciéndolo además de manera impredecible”. Si se considera, además, que antes se ha dicho que la ciencia misma ha remitido inexorablemente al sujeto cognoscente como objeto de conocimiento, entonces el hito se entiende como la mente del sujeto como modificador del sistema cuántico. Pero el principio de Decoherencia Cuántica (citado por el propio autor, aunque en este mismo contexto subjetivo) le quita peso a la afirmación, debido a que sostiene que no es el sujeto (sus pensamientos o su mente, si se quiere) quien suscita alteraciones en el sistema, sino una apertura al entorno en general, esto es, cualquier otra corporación material tiene influencia sobre el sistema, por lo que la pertinacia del materialismo científico apenas tiene un motivo para afectarse.

El problema es más general y puede ser citado de la forma que sigue⁶: La *función de onda* ⁷ asociada al sistema cuántico colapsa al ser medida (el fenómeno ha sido denominado “superposición de la función de onda”). De esto se deduce que el sistema físico, a nivel fundamental (atómico), no responde al principio de causalidad de la física clásica, y es en la derrota ante ese indeterminismo de la materia y la consecuente pertinacia o conformismo de la ciencia (oficialista) por la misma, la que ha abierto las

⁶ Mis críticas están orientadas menos a desmontar la tesis principal del autor que a fortalecerla, pues me ha persuadido de ella. El libro contiene gran coherencia en general, pero deben purgarse ciertas dicotomías para tornarla indestructible.

⁷ Este es el modelo matemático del que se valen los físicos cuánticos para determinar el sistema y también el lenguaje para referir el problema.

puertas a otra vía epistemológica, necesariamente, pues de otro modo el recurso alternativo (misticismo contemplativo) permanece sin emplear, ineficientemente.

Luego, puede constarse la insuficiencia en la defensa materialista según cinco episodios clave a nivel de mecánica cuántica:

- 1.1 El carácter estadístico que Albert Einstein, Louis de Broglie y David Bohm quisieron arrojarse a la mecánica cuántica (proponían un modelo estocástico, que a la sazón no podían establecer, ya que se habrían desconocido de momento todas las variables asociadas al proceso).
- 1.2 La interpretación que ofrecieron Niels Bohr, Max Born y W. Heisenberg (y que considera el principio de indeterminismo de este último), mejor conocida como “Interpretación de Copenhague”, la cual pone en el tapete una aparente dualidad entre el reino clásico y el cuántico: los aparatos de medición se configuran de acuerdo al primero; esto presupone que la mecánica cuántica es incapaz de medir la realidad auténtica (lo que mide no es lo real, ¡toda una paradoja y una derrota que Kant ya había anticipado en su Crítica de la Razón Pura!).
- 1.3 La propuesta del nobel Eugene Wigner, quien reivindica la conciencia apelando a un elemento que Schrödinger se habría negado a considerar en su experimento del gato: la interferencia de la conciencia.
- 1.4 La detracción formal de la propuesta anterior; viene dada por el Principio de Decoherencia Cuántica. Y aunque se corrobora experimentalmente, deja las cosas como estaban, sin anular la posibilidad científica del espíritu, más bien instigando a su comprobación.
- 1.5 Hugh Everett III propuso que el universo podía ser interpretado como una sola función de onda, lo que implicaba la existencia de universos múltiples. Esto ratifica también circularmente al materialismo, pero complejiza su modelización, lo que le granjeó a su autor epítetos como “estrafalario” (esto hace pensar que el materialismo científico gusta de las respuestas fáciles, haciendo irrazonables a sus defensores toda vez que aquello ocurre a la inversa; con menos razón considerarían el espíritu como una de sus variables, pues demanda de ellos una reformulación radical de su disciplina).

“La mecánica cuántica ha cambiado radicalmente la noción que tenemos de la realidad”, ha dicho el autor, pero añadiría, en base a todo lo expuesto, que no porque la materia dé cuenta de la espiritualidad (por definición, es imposible, pues no cree más que en ella misma), sino por su dogmatismo pertinaz o, más humilde, por su pragmatismo medroso (medroso, porque sus defensores se portan como monjes temerosos a la idea de renegar de la “divina materia”). Dicho de otra forma, con el rescate de la Razón, en manos de la fe, el hombre transitó sin prórroga hacia un nuevo tipo de fe, aparentemente más tolerante por su carácter “pragmático”: la creencia intransable en la materia como esencia de la realidad. Por esto no es de extrañar que el oficialismo dé vueltas en círculos, negándose a darle cabida a la espiritualidad: tiene que mantenerse fiel su credo, además, porque de otra forma perdería su estatus prócer y tendría que compartir el trono, si no abdicar en su modo complementario (al menos temporalmente).

Finalmente, y en cuarto lugar, la apología del estancamiento de la ciencia no podría ser plenamente robusta sin efectuar un alcance sobre la adjetivación cuántica y otros empleos equívocos de la jerga oficialista por parte del autor.

Sobre la adjetivación, el texto está atiborrado de conexiones, tiempos, lecturas y un largo etcétera “cuánticos”, pero esto supone una contradicción. Si, como se ha sostenido, el materialismo solo aprehende la materia, siéndole, pues, inaprehensible el espíritu, ni las conexiones ni los tiempos ni ningún otro sustantivo material asociado al *quantum* tiene sentido bajo el dogma (yendo más allá, el materialista empecinado, hastiado, podría preguntar: ¿acaso dichos términos han sido ya matematizados?). Estoy consciente de que esto supone cambios arduos para la siguiente edición, a menos que se asuma explícitamente en un comienzo que la adjetivación se refiere concretamente al hito que supuso la formalización experimental de la incapacidad demostrada por la mecánica cuántica en su intento materialista por desentrañar la realidad última. Bajo esta prevención, que podría reiterarse equiespaciada dos o tres veces más, toda adjetivación resultaría menos dicotómica y serviría menos a acrecer el desprecio desde el oficialismo científico (sobre todo debe cuidarse al lector materialista dogmático, de forma que sus pasiones no le priven de su raciocinio todavía más y tenga algún chance de llegar a cuestionar su pensamiento, por ínfimo que sea). Con todo, reconsideraría excepcionalmente el empleo del adjetivo cuántico en al menos dos conceptos: mente cuántica y medicina cuántica. Ninguna de las nociones sutilísimas aludidas tienen que ver con las unidades mínimas de la materia, pero estas mucho menos, por cuanto tratan, una

posiblemente del concepto fundamental del nuevo paradigma cognoscitivo, la otra de uno de los modos más vistosos de su utilización (se trataría de una nueva ciencia, basada en la primacía de la conciencia, como ha señalado el Dr. Amit Goswami). Son estos dos modos donde la dicotomía se hace más insoportable, vista indistintamente desde ambos paradigmas contendientes.

Otros empleos equívocos de la jerga cuántica se observan al equiparar la energía esencial del Ser con la energía de que la materia se encuentra surtida. Una, etérea, es propia del misticismo espiritual, la otra del tangible materialismo científico. Tampoco es cierto, en el marco del entrelazamiento cuántico, como sostuvo el propio físico norteamericano Heinz Pagels en su minuto, que la mecánica cuántica haya verificado que la información viaje a una velocidad superior a la lumínica (esta es, de hecho, una de las críticas más esgrimidas por el oficialismo contra los abusos del *new age* y por el que este ha creído empoderarse moralmente y se le ha tratado de disparatado), no en vano se ha introducido el concepto de acasualidad para explicar (o acomodar convenientemente al dogma materialista) la tan debatida cuestión.

II.2 Empoderamiento ciudadano mediante una reinterpretación hermeneuta de la historia (o de la historia del pensamiento)

El autor deja entrever sus inclinaciones ideológicas en materia política, honrando su historia personal, honestidad que debe ser valorada, no solo porque a partir de ella es posible establecer la genealogía de su pensamiento, sino ante todo porque su propuesta epistemológica aquí intenta trascenderlas objetivamente. Es, simultáneamente, irreductible, y tan breve y comprensible, que no sería difícil explicársela a cualquier adolescente y hasta un niño no tan alumbrado, como él mismo apunta.

El autor apuesta con ella a una socialización del conocimiento, “una renovada pedagogía cognitiva para educar a las nuevas generaciones en libertad y con conocimiento de causa”, dice, para hacer de ellas personas críticas con fundamento. Para tal efecto nos propone, en apenas un folio, un sintagma de naturaleza dual-antagónica, que enfrenta dos holotipos cognitivos que evolucionan “cuánticamente” a través del tiempo y el espacio, a saber: el práctico (del materialismo) y el lógico (del idealismo). El Holotipo Práctico del Materialismo emana del contacto con la biosfera a través de los sentidos y es representativo del mundo exterior; el Holotipo Lógico del Idealismo lo hace del contacto con la noosfera por medio de la mente inmaterial y refleja el mundo interior. En este

sentido, hace justicia a la existencia de los dos modos puristas de conocer que se han debatido a lo largo de la historia (materialismo e idealismo) y que se han metamorfoseado, incluso hibridado, de tal forma que han emergido de ellos las más diversas corrientes de pensamiento. Y es esta diversidad la que La Educación Cuántica pretende mapear para entenderla y, si cabe, predecirla tal vez. Como el historicismo modelado obedece a una mecánica, además, la propuesta adquiere un carácter determinista en la restricción del libre albedrío de cada hombre a la época en que ha emergido y se supone le ha tocado interpretar⁸.

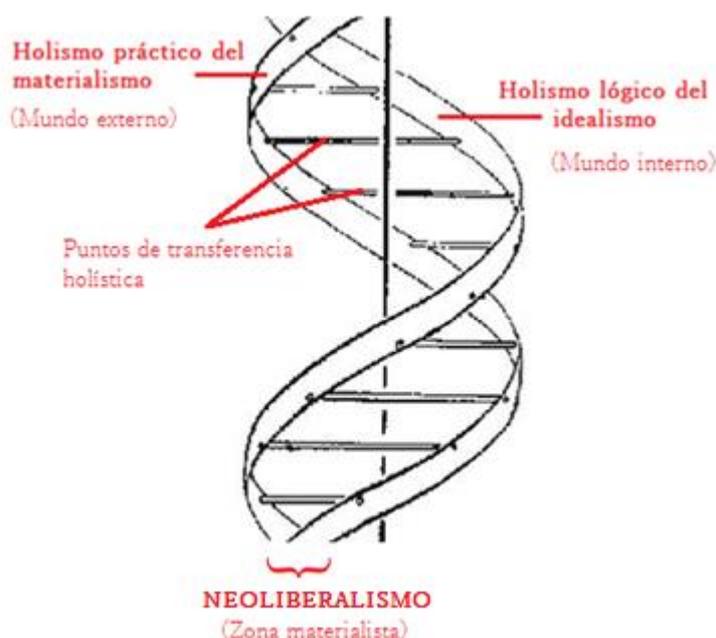
Si bien, postula, en cada época han coexistido ambos holotipos, uno de ellos ha predominado siempre. Actualmente habitaríamos en una metamorfosis del primero, denominada neoliberalismo, que debiera ser superado por un altermundismo cooperativo, que desbocaría más tarde en un racionalismo a nivel de especie (transracionalidad, que superaría al racionalismo egocéntrico formalizado por la trisección kantiana) para luego migrar al último y más completo modo avizorable de conocer: el racionalismo espiritual (que unifica el racionalismo pragmático y el misticismo contemplativo).

Se parte de los sentidos, no lo dice, quizá porque este es el mecanismo cognitivo más inmediato o primitivo del ser humano (no le demanda ningún esfuerzo, es automático en la perturbación inevitable de los sensores orgánicos o sentidos, visto del idealismo; o desde el materialismo, sería la primera resulta sobre la materia corporizada). Y se termina en la mente, tampoco lo dice expresamente, posiblemente porque propone al misticismo contemplativo como el paradigma cognitivo culmen para lograr la gnosis o al menos propenderla (complementará al racionalismo pragmático a la vez que le dará un sentido, lo que le otorga predominio).

La idea –que constituye a su vez el sistema pensativo de su proponente –es un constructo que se inspira en la geometría del ADN, estructura que sirve de medio/cuerpo para la consecución de la armonía de los opuestos propuesta por el Logos de Heráclito y que el autor admite siempre pujando a lo largo de su existencia. Se trata, en resumen, de una progresión cognitiva del primero al segundo paradigma, desde el materialismo al idealismo, donde la trascendencia o salto holístico, la conciliación de los inmortales eternos se produce en este último.

⁸ Esto se confirma cada vez que el autor aplica el mecanismo de autpoiésis a la Humanidad regenerada después de cursar una metamorfosis del Holismo práctico del materialismo.

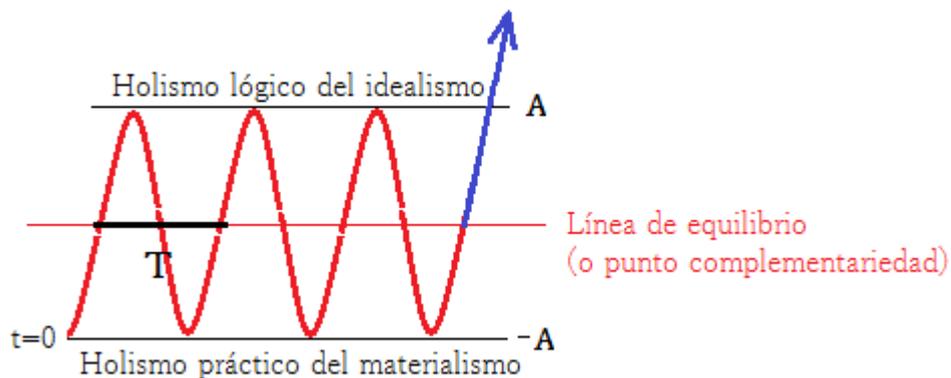
Sinópticamente, se tiene:



Esto para efectos de comprensión. La modelización mediante un sintagma de dos holotipos en dinámica en espiral es –si se me permite decirlo, personalmente –, en efecto, brillante. Pero su sinopsis en la geometría del ADN apenas es un reflejo de la trascendencia de una divergencia insoluble. De ahí que le intitulara provisionalmente “Modelo de holotipos cognitivo-históricos ‘divergentes’”. Y el hecho es que la divergencia, de acuerdo a los argumentos esgrimidos y a la propia esperanza del autor en torno a la elevación del segundo modo de conocer (por el que se produciría el gran salto holístico o trascendencia), no es tal, sino, por el contrario, una convergencia: en cada ciclo o superación del idealismo por un materialismo que antes ya ha sido superado, algún gran vestigio (o aprendizaje) del primero ha impregnado al último, de modo que el nuevo opuesto que se establece en la zona idealista es cada vez menos diferente (o inalcanzable) que la nueva realidad surgida en la zona del materialismo. Por consiguiente, el materialismo se porta cada vez más pasivo respecto al idealismo (o el primero se ve en cada ciclo más infestado por el segundo). De otro modo el sintagma localiza mal algunas de las respectivas metamorfosis de los holotipos; por ejemplo, no cabría que la Filosofía de la Ciencia (Empirismo), que remite a lo tangible, al mundo de los sentidos, constituyese el opuesto de la Cosmología clásica, entendiéndose entonces como una metamorfosis del Holotipo lógico del Idealismo; acaso debiera ser alineado en el mismo bando que la Cosmología Clásica. Pero resulta que la Filosofía de la Ciencia entraña un

espíritu de superación: no se conforma con los dogmas de la Cosmología Clásica, de ahí que investigue la naturaleza objetivamente y se estatuya como el germen del materialismo científico (metamorfosis del Holotipo práctico del materialismo). Lo mismo ocurriría con la Física Cuántica como antagonista de la Física Clásica (o al revés): ambas son eminentemente materialistas, pero es gracias a la segunda (nueva indumentaria para el Holotipo práctico del Idealismo) que surge una disidencia que llama a migrar parte de los esfuerzos hacia otro modo de conocer que está ahí, en potencia, sin utilizar ineficientemente.

Asumido lo anterior, no hay manera de expresar el gran salto holístico o trascendencia de holotipos mediante el envase vital provisto por el ADN⁹, y quizá convenga matematizar de un modo medio abusivo (aunque interino) el tránsito reorientado (entre dos horizontes) del Ser de acuerdo a una función sinusoidal. La sinusoide es una función matemática, pero no por eso está muerta. Muy por el contrario, tiene una aplicación, si se quiere, en el campo de la medicina, en la sinopsis, esta vez, de la vida misma (no ya su envase, como la disposición espacial del ADN). De esto modo, la transición holotípica puede entenderse como un Pulso Vital.

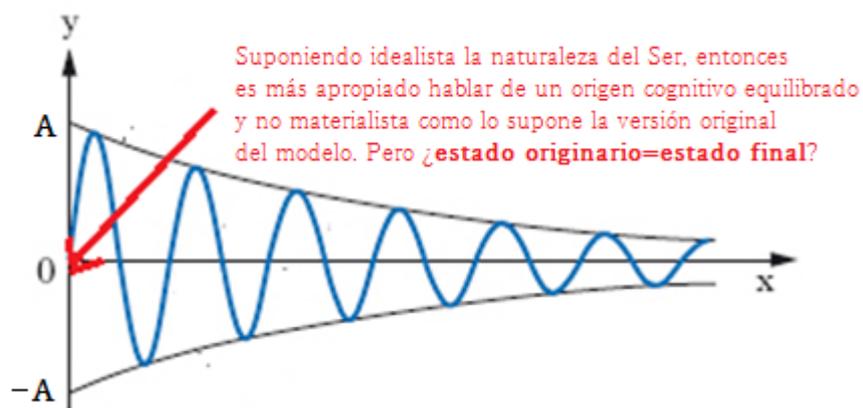


El abuso consiste, como se observa, en el arreglo de la formulación (y esto es posible matemáticamente) para generar la trascendencia alguna vez y de golpe. Esta representación integra gráficamente la arista trascendental del modelo holotípico que faltaba, mas peca de antiestética.

No obstante, el panorama se compone si se considera la integración de la siguiente y última arista, esta más sutil: la infección idealista de las metamorfosis del

⁹ De todas formas sigue siendo una representación genial para la aparente pugna eterna de los opuestos.

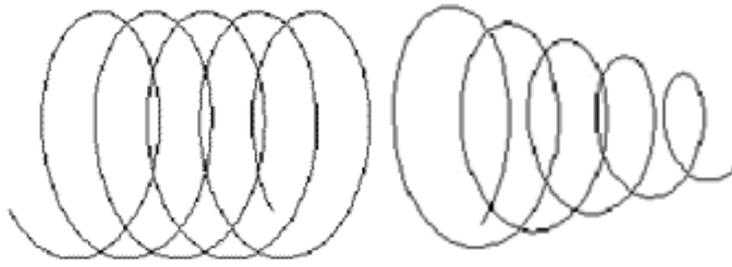
Holotipo práctico del materialismo en cada ciclo¹⁰. Para ello debe suponerse la idea (mente, espíritu u otra sustancia etérea, que supere la riqueza muerta de la materia) como unidad fundamental de la realidad última, que ha nacido, o materialista, o idealista, retornando a uno u otro modo según alcanza su clímax el precedente. Cada retorno, por lo dicho al comienzo, supone, por consiguiente, un estrechamiento de la curva (las diferencias entre holotipos se acortan: uno parece estar absorbiendo al otro, el idealismo al materialismo).



Así, la muerte de los holotipos parece indefectible (y la curva semeja más la actividad promedio de un pulso vital). Pero esta onda mortal no es más que el estadio previo hacia una transición ignota.

Si quiere insistirse con el modelo de dinámica en espiral, esto es perfectamente legítimo (después de todo las sinusoides son representaciones en dos dimensiones, aun más simplistas y menos provistas de belleza, dependiendo de la estética del observador), pero, consecuentemente, téngase en consideración que la conceptualización de la progresión de los holotipos en el espacio y el tiempo (o bien del Ser), en términos de espiras, más semeja una hélice cónica que una cilíndrica.

¹⁰ Sabiendo que T constituye el período, esto es, el tiempo transcurrido en la ejecución de un ciclo, nótese que este lo conforman un monte (n) y un valle (U) contiguos en la senoide (o, si se quiere, equivale también a la traza comprendida entre puntos idénticos sobre la curva).



II.2.1 ¿Por qué el Amor como bien supremo? ¿Y qué clase de Amor?

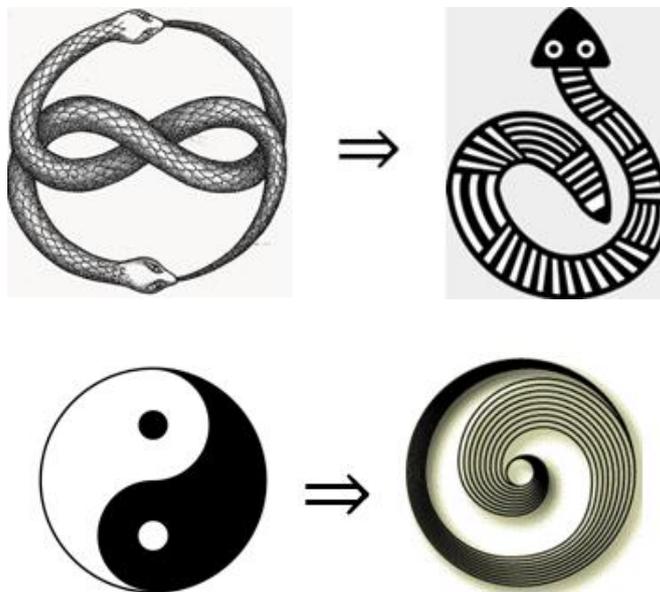
Pese a que domésticamente pareciera que el asunto no admite cuestionamientos, a nivel filosófico la pregunta del amor como razón vital es válida y necesaria, sobre todo teniendo en consideración que es el espíritu del modelo de holotipos cognitivo-históricos convergentes¹¹ propuesto en el ensayo.

A lo largo del argumento se vindica reiteradamente el amor como vehículo de progreso de nuestra especie o, aun más, como vehículo para la trascendencia holotípica revisada. Pero no es sino hasta el apartado final del último capítulo (pág. 310) donde parece aclararse el motivo: “La evolución cultural se da en el progreso del Amor por la sabiduría”, lo cual explica al mismo tiempo la esencia idealista del tratado: a través de la sabiduría y solo de ella es posible alcanzar todos los bienes de que el hombre es capaz, al menos durante su existencia corpórea. (Hasta entonces el lector podía presumir la razón del amor en una observación empirista del proponente, una intuición o incluso una revelación del espíritu.) No obstante, en este punto se suscita una dicotomía, pues, asimismo, el autor ha referido la mayoría de las veces el amor dentro de un marco de fraternidad: compasión y solidaridad. De lo que podría entenderse que el amor por la sabiduría es un medio para alcanzar, por medio de la revelación, el amor fraterno, o al revés. Si es lo primero, el idealismo sigue insoluble lógicamente, y se torna más bien una esperanzadora creencia del autor, lo que le quita carácter filosófico a su tesis. En cualquier caso, queda la impresión que lo que se ha vindicado constantemente ha sido el amor fraternal como bien supremo y no el amor por la sabiduría.

¹¹ Puesto que en el punto anterior ha sido resuelta la armonía culminante, la denominación final del modelo (al menos para esta síntesis crítica) ha considerado la convergencia como uno de sus atributos capitales.



No obstante, aun siendo el amor por la sabiduría el gran móvil del Ser (o de la parte del Ser que concierne a la Humanidad), el Logos de Heráclito tiene aquí una característica especial, cuando la armonía entre el “Yin” y el “Yang” no resulta en un gris perfecto, sino suave, blanco: es el idealismo quien absorbe al materialismo en cada ciclo holotípico. Es decir, la realidad última es la Idea, obedece a una naturaleza lógica, no es algo más allá de esta y de la materia, no es una realidad inaprehensible al hombre en su estado originario; no es, en rigor, una armonía por anulación y trascendencia consecuente, más bien una que resulta porque uno de los dos “eternos” opuestos ha vencido al otro para siempre. Una propuesta osada, no cabe duda, que sugiere la ruptura de este Uróboros (humano al menos). De todos modos es consistente con la tesis.



En el esquema idealista, el amor fraterno es causa eficiente de un amor óptimo por la sabiduría: sabemos más y mejor “nosotros” que solos (yo).

Desde un punto de vista trascendental, el amor por la sabiduría pareciera erigirse como el bien supremo a nivel de especie (a nivel personal no lo sería, porque la existencia es más acotada y postulo que habría un consenso en torno a la voluptuosidad de recibir y

dar amor como las máximas cosas a que cada quien puede aspirar), aunque a costas de cada ego en su tránsito por esta vida. Es decir, en este esquema, incipientemente¹², se ha sacrificado la felicidad personal por la del colectivo (Ellos), sabiendo, empero, que este, como yo, me dará el máximo amor de que es capaz en su abnegación. Así, a escala individual, prima el amor fraternal. El problema lo imponen las condiciones de cada época: los recursos y privilegios son limitados, y no siempre se podrá ejercer el amor hacia los otros en las mismas circunstancias. El esquema fraternal resuelve esto por igualación, que no es otra cosa que la supresión del acto de elegir, el secuestro de la libertad material o, más preciso es hablar de la pérdida del “derecho a competir”.

Estoy consciente de que mi discurso, llegados hasta aquí, puede sonar liberal (o, lo que sería verdaderamente malo, “neoliberal” en su acepción vulgar, la peyorativa), mas acontece que en este contexto existe una diferencia entre “competir” y “depredar”, y esta tiene que ver con el ejercicio de la razón pura (exenta de pasiones o guiada solo por la pasión de ser razonable), toda vez que la competencia ya no es un ejercicio de lo aprendido en el manual maquiavélico *Il Principe*¹³. ¿Ahora, por qué existiría la competencia, esa desviación hacia el Yo en un esquema que se supone propugna el amor imperativo por los otros (Ellos)? Por la sencilla razón de que ese amor por los otros no tendría un carácter continuo, no sería un amor estacionario, y el tiempo que le quedara a quienquiera tras el quehacer (un quehacer eminentemente social, donde el amor por los otros sí está vigente o al menos se intenta siempre, y que bien podría superar el tiempo que comprende la jornada de este), podría invertirlo en actividades menos placenteras como sería seguir instruyéndose para aumentar la potencia de su contribución y entonces operar desde las posiciones más influyentes, que a su vez proveen los mejores privilegios de la época. En este sentido, la competencia (yoística, fundada en la vanidad o la concupiscencia) conllevaría esa otra competencia, referida a aptitud, por cuanto la contribución de cada quien sería una función del ejercicio de la razón pura (la potenciación es eminentemente racional, dirigida hacia a los otros). De otro modo, la resignación por la igualdad repercutiría más severamente sobre el sentimiento de libertad natural a que toda individualidad propende; si se suprime la libertad de mejorar en un ámbito donde reina la verdadera razón (o lo mejor que esta puede reinar habiendo

¹² Recién aplicado, a esto me refiero, como por ejemplo en los albores del Altermundismo.

¹³ Como podría entenderse el que un político, siendo deshonesto con su conciencia, o un capitalista, ídem, tengan el poder y la riqueza como sus fines últimos (esto es, solo les mueva la vanidad o concupiscencia, el Yo disociado de la colectividad).

erradicado la fullería como método de ascenso social), o lo que es lo mismo, de mejorar “honestamente” para ser compensados por ello, entonces la opresión es inminente en el repudio que engendrará.

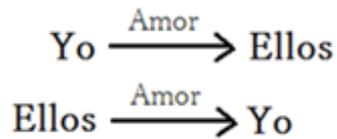
Porque la reunión del Yo, el Ello y el Nosotros kantiano no puede forzarse sin que resulte en su desarticulación de nuevo, a favor del Yo otra vez; o esa reunión no puede ser tal por medio de la opresión, por tanto resultando el gobierno o la entidad coordinadora de la población en una tiranía, como hay muchas de ejemplo en nuestra historia. La trisección kantiana debe repararse (o “arreglarse por vez primera”, en caso de que Kant solo haya formalizado un resabio, un desequilibrio originario que él contribuyó a acentuar únicamente) desde la persuasión, apelando a los sentimientos, al espíritu de cada individualidad. Y solo si ella es posible, entonces tendrá lugar un día, cuando el hombre dedique eficiente incluso sus ratos libres a vivir por los demás (la persuasión haya madurado). Si hay un hombre nuevo que este mundo vaya a dar a luz, este debe resultar de una evolución paulatina en un esquema de honestidad (por ende arrebándole el mando a la astucia voluptuosa,¹⁴ caracterizada por *Il Príncipe*, como he sostenido), no del amoldamiento por la fuerza de las individualidades egocéntricas contemporáneas, hijas de una ignorancia pueril¹⁵.

De todo lo anterior, dos cosas pueden ser deducidas:

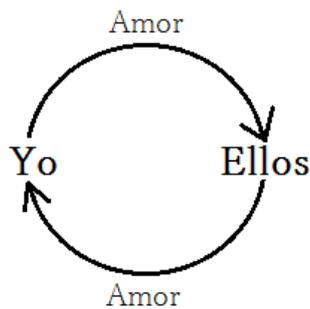
1. El amor fraterno puro como móvil único de existencia no considera al Ego: lo ha disuelto en la convicción de que la medida de amor que uno da la recibe por añadidura (es decir, de un modo casual). En primer sitio está el amor por los demás. Si bien admito la idealidad de esto, por su carácter abnegado puro, no creo que sea apropiado, entonces, hablar del amor de “Nosotros”, sino más bien del amor de “Ellos” (que les doy Yo) y del amor “Mío” (que recibo de “Ellos”), por cuanto ambos son incondicionales en su unidireccionalidad y no existe una “relación amorosa” propiamente dicha.

¹⁴ En ese arrebatado no consiento, bajo ningún concepto, la odiosidad de la aniquilación, por mucho que cueste lograrla.

¹⁵ Con ella refiero la ignorancia que debe ser superada antes de que el hombre se oriente eficiente hacia la otra ignorancia, acaso insuperable, la trascendental o metafísica.



2. Suponiendo, en cambio, indefectible la medida del amor propio (en un esquema idealista implantado, todas las cosas que hará el ego por sí mismo no afectarán de forma inmediata a los demás), lo que significa que no solo me procuro amor (como lo sería potenciar mi racionalidad para aumentar mi contribución social y entonces percibir privilegios a cambio), sino también lo doy esperando retribución afectiva, el amor es vinculante y es propiamente dicho un “amor nuestro”, pues existe una relación amorosa.



Como fuere, a nivel de especie podemos hablar siempre del amor de “Nosotros”, pero como causa eficiente de existencia parece menos probable que el amor por la sabiduría (donde el primero se convierte en un bien intermedio). No obstante, habiendo hecho las distinciones precedentes, se trata de, en efecto, un mero parecer. El amor por Nosotros, en cualquiera de los esquemas, “pareciera” remendar amorosamente la trisección kantiana, pero lo cierto es que apenas se ha ocupado de dos de las ardorosas secciones (Yo y Nosotros), dejando una fuera, que es la del amor por la Sabiduría (Ello). Sin sabiduría, el hombre no puede afianzar su existencia y difícilmente aumentará su felicidad¹⁶ y la de los demás, por lo que no cabe que el amor hacia esta se establezca como el móvil supremo de la Humanidad. Porque en ausencia del Amor Nuestro, ¿qué sentido tiene? (Por ello el autor conviene en la reivindicación de la filosofía como gran sanadora, para que los hombres se amen mutuamente.) Sin amor, la existencia no tiene sentido y, en consecuencia, se descuida. En realidad, el amor por la sabiduría es causa del Amor de Nosotros (si vivimos amorosos, vale la pena seguir viviendo, para lo cual necesito “saber”

¹⁶ Equivalgo la felicidad al amor, en el sentido de la Plenitud del Ser del Eudemonismo.

cómo), por lo que debe ser incluido en él. Todo lo anterior, por supuesto, si se mira al hombre desde el modelo de voluptuosidad referido en el primer apartado de esta síntesis.

Excluyente si se considera por añadidura.

